

vuelta del explorador, quien no regresó hasta la mañana siguiente, trayendo la noticia de que efectivamente habían pasado por el camino real *el Pájaro*, un tal Gómez y dos hombres más; pero que como había salido una fuerza rural á perseguirlos por los crímenes que por allí habían cometido, estaba seguro el camino y se podía transitar sin ningún peligro, de manera, que, apenas hubo llegado esta noticia, los viajeros se pusieron en marcha.



CAPÍTULO VII.

DOS COMPADRES CURIOSOS.

MIENTRAS camina D. Santiago, volvamos á seguir los pasos de Gómez, de quien no hemos vuelto á ocuparnos desde la escena del panteón del pueblo.

Gómez, acostumbrado á conseguir todo lo que deseaba, tenía ya ese aire resuelto y esa audacia que caracteriza á los hombres incultos y feroces.

La pasión que concibió por Salomé lo volvió loco, y desde el momento en que la conoció, no pensó en otra cosa que en pre-

parar un rapto, para lo cual contó en todo con su amigo el Pájaro.

Este asunto llegó á estar arreglado, especialmente desde el momento en que Salomé sintió que iba á ser madre, y se consideraba sin valor para arrostrar la justa cólera de su marido.

La casa de Salomé no era de las céntricas del pueblo, y formaba la esquina de una pequeña manzana, que en su mayor extensión de terreno pertenecía al marido de Salomé.

El costado izquierdo de la casa formaba parte de una calle angosta que conducía al campo, y en esta calle sólo había una puerta y dos ventanas, pertenecientes al departamento de la servidumbre y los macheros.

Con alguna frecuencia aparecían á eso de las once de la noche, especialmente en las más oscuras, dos ginetes, que, conduciendo sus cabalgaduras con extraordinaria precaución, llegaban sin hacer el menor ruido á cierta distancia de las ventanas; allí quedaba uno de ellos y el segundo avanzaba len-

tamente hasta colocarse al pié de una de las ventanas.

Todo esto pasaba en medio del mayor silencio y sin ser notado por los vecinos; hasta cierta noche en la cual aquella escena tuvo un testigo presencial.

D. Máximo, el dueño de una tienda situada á corta distancia y en dirección de la calle angosta de que hemos hablado, se retiraba una noche á su casa, preocupado con el relato de ciertos crímenes que habían formado el tema de la conversación de su tertulia favorita.

Notó don Máximo, á pesar de la oscuridad de la noche, que á lo lejos se destacaban dos bultos; paróse á observar y conoció que los bultos avanzaban con precaución, y entónces pareció conveniente á D. Máximo ocultarse en el hueco de una puerta para observar lo que pasaba.

Don Máximo tenía un compadre, que á la vez era el hombre de todas sus confianzas.

—Compadre, le dijo al día siguiente, ten-

go que participar á usted un acontecimiento: anoche á eso de las once y media vi en la dirección de mi casa y como quien sale del pueblo hacia el Oriente...

—¿Qué vió usted, compadre?

—Dos bultos.

—¿De hombres?

—Probablemente; eran dos ginetes.

—¡Tan tarde y dos ginetes! ¿Serían correos?

—No, compadre, porque iban espacio, y como recatándose: ¿me comprende usted?

—Sí, compadre. ¿Y qué hicieron los bultos?

—Se pararon: después uno de ellos se separó de su compañero y avanzó hacia la izquierda, y el otro se quedó esperando.

—¡Haya cosa!

—El que avanzó se pegó á la pared, y allí se estuvo como más de dos horas.

—¿Y usted, compadre?

—Yo me estuve observando, ¿Me comprende usted?

—Sí, compadre. ¿Y luego?

—Luego se juntaron los bultos y se fueron. El compadre se quedó pensando largo tiempo, y luego preguntó:

—¿Dice usted que á lo largo de la calle?

—Hacia el Oriente.

—¿Más allá *dencá* don Antonio?

—Más.

—¿Pasada la tienda?

—¿Más allá.

—¿Entonces en la última calle?

—¡Eso es!

—Pues en la última calle no hay más que la puerta de los macheros de la casa de Salomé.

—Pues eso es lo que yo digo.

—¿De manera que allí sería donde el ginete se paró?

—Yo creeré que sí.

Pues vea usted, compadre: como el marido de Salomé tiene sus medios y es tan confiado, no será extraño que lo estén espiando para darle un golpe de mano.

—¿Le parece á usted que sería bueno avisar? preguntó D. Máximo.

—Vea usted, compadre, en todo es bueno ser prudente.

—¡Cómo prudente!

—Quiere decir, que si no es lo que nos figuramos...

—¿Pues qué otra cosa puede ser?

—Puede ser.... muchas cosas: en primer lugar puede ser cosa de amores.

—En todo mete V. los amores, compadre.

—En todo los hay, compadre; vea usted que tengo mucho mundo.

—Pero si son amores ¿de quién cree usted que se trata?

—Pues nada.... yo diría que de las criadas de doña Salomé.

—Sabe V. que tiene razón, compadre?

—¡Ya lo ve usted!

—Y si son amores de las criadas ¿para qué nos metemos?

—Es verdad; ¿pero y si no son?

—Por eso será bueno averiguar el hecho.

—Vamos á averiguarlo.

—Vamos.

—¿Cómo harémos?

—Es muy sencillo: enfrente de la tapia y las ventanas del costado izquierdo de la casa de doña Salomé, está la tapia del corral de D. Pascasio.

—¿Y qué?

—D. Pascasio no está en el pueblo; y en la casa no vive más que su mayordomo y dos peones.

—Ya comprendo, compadre; nos metemos esta noche con cualquier pretexto.

—No, compadre Máximo, no es tan sencillo eso, porque entonces nosotros seremos los que vamos á inspirar sospechas.

—¿Pues qué cree V. que será lo más conveniente?

—En primer lugar, debemos cerciorarnos de si lo que V. vió anoche no es una casualidad, sinó una cosa constante y positiva.

—¡Tiene V. razón!

—Y una vez averiguado que la escena se repite, entonces veremos cómo nos introducimos en la casa de D. Pascasio.

—¡Eso es!

—Y entre tanto, no hay que decir nada á nadie de este acontecimiento.

—Por mi parte guardaré secreto, y esta noche observaremos los dos.

—No hay necesidad de que yo me desvele, compadre; V. que se retira tarde de su tertulia, vuelva á poner cuidado, y si esta noche se repite la escena le ofrezco á usted que mañana la veremos de cerca.

—Me parece muy bien.

Á la noche siguiente D. Máximo se puso en acecho á eso de las once y media; pero la noche estaba lluviosa y oscura y nada podía distinguir desde donde había observado la noche anterior; de manera que tuvo necesidad de avanzar en dirección del lugar de la escena.

Daban las doce cuando vió los dos bultos, y favorecido por la oscuridad, avanzó cuanto le fué posible; pero nada sacó en limpio sinó que el ginete estaba probablemente

hablando con alguien, que se asomaba á una de las ventanas.

Cerca de la una, D. Máximo, entumecido y soñoliento, se retiró á su casa.

Al día siguiente volvió á entablar la plática con el compadre.

—Compadre, dijo D. Máximo, los ví.

—¿Otra vez?

—Sí.

—¿Como antes de anoche?

—Lo mismo. Se fueron cerca de la una.

—Pues esta noche los veremos cerca.

—Convenido.

—Voy á preparar las cosas.

—Aquí estaré esperando á usted. ¿Á qué hora nos veremos?

—Volveré en el día para que convengamos la hora de la cita.

Los dos compadres tuvieron desde entonces, el más formal empeño en conocer el misterio que encerraba la aparición nocturna de los dos ginetes.

El compadre de D. Máximo era uno de los vecinos más antiguos del pueblo: cono-

cía á todos y era muy inclinado á interiorizarse en los asuntos de los demás, por poco que los tales asuntos le importaran; pero en un pueblo corto, la curiosidad es un constante motor, y dejar pasar algo desapercibido, es una cosa imperdonable.

D. Antonio, que así se llamaba el compadre de D. Máximo, comprendió la necesidad de no inspirar sospechas al mayordomo de D. Pascasio, á cuya casa iba á penetrar para ver de cerca lo que hacían los ginetes misteriosos.

Pedir permiso para penetrar en la huerta de D. Pascasio á las once de la noche, era desde luego una pretensión que debía inspirar sospechas; pero D. Antonio encontró bien pronto un expediente.

—Amigo D. Mateo, le dijo al mayordomo, necesito de sus buenos servicios.

—Estoy para que usted me mande, contestó el mayordomo quitándose el sombrero.

—No es nada, D. Mateo; ha de estar usted que tanto á mi compadre Máximo,

como á mí nos comprometen en casa del licenciado á jugar todas las noches; y aunque no es más que de á medio el tanto, el negocio se va volviendo ruinoso, y mi compadre y yo hemos decidido retirarnos del jueguito.

—Me parece muy acertado, señor don Antonio.

—Pero es el caso que se nos han agotado las excusas, y hemos tenido que recurrir al arbitrio de decir que esta noche estaremos fuera de la población, y para no caer en mentira.....

—Ya entiendo quiere usted pasar una mala noche.

—Efectivamente.

—Pues si eso es todo, señor D. Antonio, no necesitaba usted ni avisarme: puede usted disponer de toda la casa, que al fin mi patrón, el señor D. Pascasio, es buen amigo de su persona de usted.

—Pues estamos convenidos; esta noche, á eso de las diez, estaré aquí con mi compadre.

—A la hora que sus mercedes gusten, que no faltará cena y cama para dos.

—En cuanto á cena no hay necesidad, porque la haremos temprano, pero en cuanto á la cama sí, es preciso aceptarla.

— Todo estará dispuesto.

Don Antonio se retiró satisfecho de su ardid que comunicó en el acto á su compadre, y poco antes de las diez de la noche de ese mismo día, estaban perfectamente alojados en la casa de don Pascasio, merced á la buena voluntad del mayordomo.

No bien se hubieron cerciorado los dos compadres de que Mateo se había encerrado en su habitación, cuando abriendo con precaución las puertas, se dirigieron á la huerta.

Don Antonio tenía medidos los pasos y á partir de un punto dado comenzó á contar los que era necesario andar á lo largo de la tapia para venir á parar precisamente en el punto que quedaba frente á las ventanas de la casa de Salomé.

—¡Aquí es! dijo don Antonio parándose, y sacando de una vaina de cuero un ancho

cuchillo, con el que comenzó á rascar la juntura de dos adobes, hasta lograr hacer un pequeño agujero que le permitiera ver la ventana deseada.

